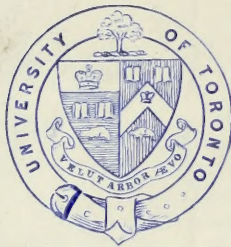


LaS.Gr  
M7486c

Monner Sans, Ricardo  
El Castellano en la  
Argentina.

LaS.Gr  
M7486c



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

R. MONNER SANS

*C. de la R. A. de la Historia*

---

# El Castellano en la Argentina

Conferencia leída en el  
«Ateneo de Estudiantes Universitarios»

---

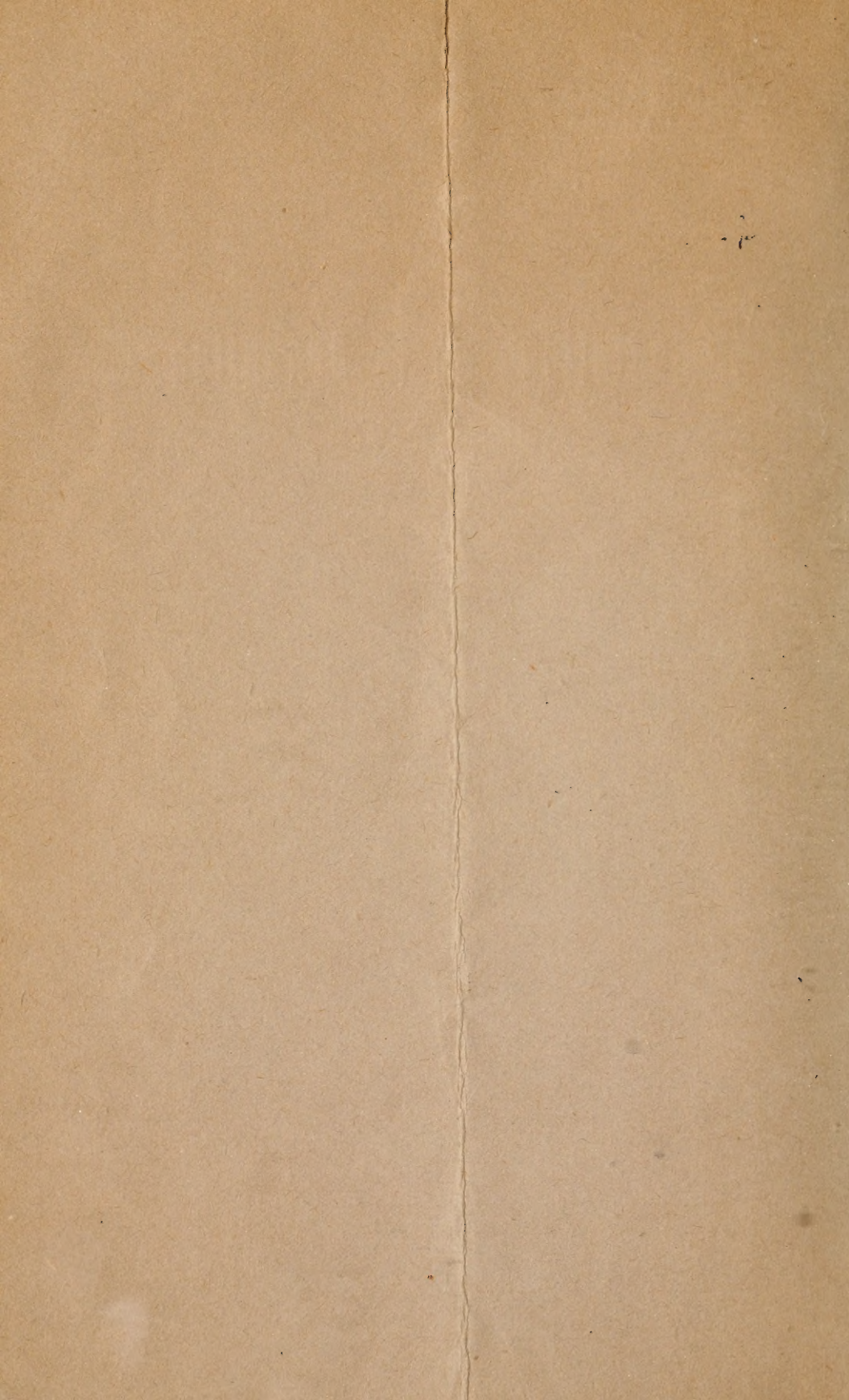
(De "El Monitor de la  
Educación Común" Núm. 537.)



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO J. WEISS y PREUSCHE · PATRIOS 249

1917



*Al ilustre americano Milton A. Buchanan  
de su afuño amigo*

*Recordo*  
**R. MONNER SANS**

*C. de la R. A. de la Historia*

L. S. Gr

M7486c

# El Castellano en la Argentina

Conferencia leída en el  
« Ateneo de Estudiantes Universitarios »

(De "El Monitor de la  
Educación Común" Núm. 537.)



488861

31. 3. 49

BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO J. WEISS y PREUSOHE - PATRICIOS 249

1917





# EL CASTELLANO EN LA ARGENTINA

---

Señores:

En el suntuoso banquete con que de polo a polo, y ahora está en moda, se celebran las excelencias de la lengua castellana, también gusto de concurrir de cuando en cuando, bebiendo en mi vaso pequeño, modesto, pero muy mío, para saciar mi sed de bellezas idiomáticas, de pulcritudes sintáxicas, de dulcedumbres retóricas. Entonces, ruboroso lo declaro, al codearme con excelsos hablistas, con estilistas pulquérimos, me sobrecoge lógico desaliento, al advertir que en mi vaso, por ser tan diminuto, cabe tan poco del licor que mi sed de saber demanda, no por vana honrilla, sino para trocarme en bien intencionado campeón de habla tan harmónica y majestuosa.

Hoy, al pretender haceros paladear con mi verba el aroma de licor tan suave, me sorprendo remiso y temeroso. Acrece el titubeo, además, cierto cosquilleante recelo, el de molestar a los filicidas del habla castellana, a ese sin fin de parlanchines y grafomanos que se meten de hoz y de coz en asuntos que reclaman juiciosa meditación y razonado estudio, creyendo que basta poseer el don de la palabra o tener a mano pluma y papel, para comunicar a sus semejantes en forma agradable, las ideas que, como chichelos traviosos y malcriados se agitan en su imaginación, si rica en conceptos, paupérrima en vocablos.

Mas no temáis que frunza el ceño y convertido en cabo de galeotes la empresa a cintarazo limpio y rudo contra cuanto suene a innovación, que también soy amigo de lo nuevo, si esto llega a mí sahumado con lógica y espolvoreado con talento. Ni cierro a piedra y lodo el hogar de nuestro ya histórico romance para que no puedan penetrar en su recinto las auras renovadoras de los tiempos que alcanzamos, ni abro de modo tal puertas y balcones para que en él pueda entrar cuanto de fuera nos llegue, sin prévia y detenida inspección, y sin que los hablistas, sean o no académicos, lo hayan sellado con el marchamo de su bien fundamentado beneplácito.

Hay, señores, una coincidencia digna de llamar nuestra atención: la primera gramática de la lengua castellana, apareció el mismo año en que se descubrió América, como si, por providencial visión, se vislumbrara que al andar de los siglos, América y España formarían espiritualmente un solo país. Y tanto arraigó en el Nuevo Mundo el habla cadenciosa de los magnates de nuestra literatura, que América, a fuer de agradecida, ha dado vida a hablistas del fuste de Ruiz de Alarcón, de Sigüenza, de Sor Juana Inés de la Cruz, de Gómez de Avellaneda, de Gutiérrez Nájera, de Heredia, de Gorostiza, de Ventura de la Vega, de Montalvo, y en más modernos tiempos, a lingüistas y gramáticos de la altura intelectual de Bello, Cuervo, Palma Tovar, Calandrelli, Robelo, Barberena, Membreño,

Gagini, Batres Jáuregui, Selva, Zayas, Pedro Fabo, Arona, Pichardo, Gómez Restrepo, Granada, Zorobabel Rodríguez, Lafone y Quevedo, Lenz, Rodríguez García, Garzón, y tantos y tantos otros, que, en este Continente, pregonando van con sus obras desbordantes de doctrina y de belleza, su más que amor, reverente devoción por la sonora lengua de Castilla.

¿Debe sorprendernos el que haya tantos que laboren silenciosos en este campo, de espaldas a Mercurio que enriquece, y de la política que con turba? En manera alguna; que si en el idioma está la bullente vida del pueblo, bien podemos afirmar con la certeza de quien vierte precepto axiomático, que al escuchar cómo se habla, sabremos *a priori* cuál es el grado de cultura de la agrupación humana que de aquel lenguaje se sirve. Si por la lengua conoce el experto galeno, en no pocas ocasiones, el estado de un enfermo, con tanta o mayor razón al escuchar como se habla, adivinaremos el estado intelectual de nuestro interlocutor. ¡Cuántos seres con quienes nos codeamos, necesitarían una pócima que limpiara su cerebro, para que lo que en él se elabora no llegara a cuajar a flor de labios, y no molestara los oídos de sus pulcros oyentes!

*El Castellano en la Argentina*, tal es el tema de mi conversación de esta noche.

Pronto cumplirán seis lustros que aporté a estas playas por Solís descubiertas, y, como se colegirá, al momento advertí las incorrecciones de lenguaje, así en lo que se hablaba como en lo que se escribía. Al escuchar tanto aporreo al heredado lenguaje, juréme a mí mismo apercibirme a la defensa, rezando cada noche una jaculatoria al dios protector del idioma cervantino, para que me librara del contagio, lo que bien vale decir, que resolví leer y releer con deleitosa atención nuestros clásicos, a fin de que poco a poco fueran penetrando en mi cerebro las impecables formas de nuestros más puros hablistas.

Después de tomado tan saludable acuerdo, que suponía suficiente para inmunizarme, salvándome de la epidemia, traté de averiguar las causas de la por entonces reinante: de cuerdo era el intento para deslindar responsabilidades.

Si recordamos aquellas célebres Exequias de la lengua castellana del cáustico Forner, averiguaremos que el idioma español, a pesar de los meritísimos esfuerzos de Berganza, de Mayans y Siscar, del P. Larramendi, de Piquer, de Pérez Bayer, del P. Sarmiento, y de cien más castizos estilistas, se iba corrompiendo en la península, corrupción que como diminuta polilla se escondió en Reales Ordenes, en Decretos y Providencias para atravesar impunemente los mares, y, al llegar aquí, anidar en lo que viera la luz, que era casi nulo, y en las mentes de los que pensaban, que ya eran muchos; y si a la par no se olvida que la única imprenta que aquí laboraba sólo publicaba novenas y trisagios, Cristus y Catones, sermones a lo Fray Gerundio o Disposiciones gubernamentales, dos veces desabridas, por autoritarias y áridas, y que lo que distraer podía un poco penetraba de contrabando, siendo criminales traducciones del francés, fácilmente se, colegirá que el habla del vulgo, y aun la de mucha gente que por tal no se tenía, debía ser, por la aplastadora lógica de tal hecho, lastimosamente pobre y, por ende, repleta de barbarismos y solecismos. He tenido a la vista escritos de nuestros Virreyes, Pastorales y cartas de los Sres. Obispos, instrumentos públicos, lo que decir quiere redactados por personas letradas, Acuerdos del Consejo de Indias, resoluciones oficiales emanadas de la Corte, un mundo,

señores, de papeles, y dígolo con pena, en todos ellos aparece desquiciado el vocablo, torturada la sintaxis, empobrecido el lenguaje. Ya lo decía en las postrimerías del siglo XVIII el insigne Capmany: «La mitad de la lengua castellana está enterrada, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen a la luz pública». ¿Puede sorprender, pues, que al sonar la hora de la Independencia Argentina, la nueva nación se encontrara en posesión de un idioma convertido por la incuria de todos en ridícula caricatura del que con tanta elegancia manejara dos siglos atrás, en estas mismas tierras, el inmortal autor de «La Araucana»? Si era pobrísima la herencia ¿cómo pretender que fuesen dechado de pureza y armonía las primeras manifestaciones literarias del pueblo argentino? ¿Podía razonablemente esperarse, que de la fragua en la que se habían echado lingotes de negruzco hierro y a montones vil escoria, salieran relucientes barras de áureo metal? No por cierto.

Por causas políticas, que no afectivas, las generaciones más inmediatas a la de la Independencia, pretendieron, ¡vano empeño!, abominar de lo heredado, creyendo fácil tarea la de forjar un nuevo idioma, mezcla de retazos del hispano lenguaje con los que de foráneos países la bobicultura de unos cuantos iba introduciendo.

¡Crear un nuevo idioma! ¡Ahí es nada! ¿Se han detenido Uds. en pensar lo que significa, lo que representa tamaña invención, los conocimientos que son necesarios, no necesarios, indispensables para la formación de una lengua? Los hay de índole harto diversa; naturales, arcaicos, filológicos, ocasionales o de circunstancias, elementos todos que ya heredados se encuentran, si con espíritu de crítica se buscan, en el habla argentina, mientras galopa que no corre el turbulento siglo XIX; elementos unos que conservarse deben puesto que no pugnan con la fisonomía del legado idiomático, elementos otros que convenía desechar para que no atentasen contra su personalidad. Y así fué por fortuna; tanto que media enorme y visible diferencia entre lo que se escribía en el Plata durante los dos primeros tercios del pasado siglo, y lo que hoy al público se le ofrece para su estudio o deleite. Basta hojear la prensa periódica de la época de Rosas, y aun la de la primera presidencia del general Mitre, y compararla con la de hoy para advertir, complacidos, cuanto hemos adelantado en la correcta expresión del pensamiento.

Van siendo ya fáciles de catalogar los que afirman que «hay que escribir como se habla», afirmación que en el fondo no es más que una perogrullada de imposible aplicación en el arte literario; porque como hay varios modos de hablar, mal, medianamente y bien, el que haya aprendido gramatical y retóricamente a hablar bien, escribirá bien, y mal quien por inepticia o por falta de disciplina literaria no haya logrado el dominio de la palabra hablada o escrita.

¡Gramática! ¡Buen gusto!

De la Gramática ¡para qué hablar! A mano tengo elogios a montones, cual transcripción aburriría. Sólo diré que desde Cervantes que afirmó que no es posible penetrar en el santuario de ninguna ciencia sin antes haberse detenido en el átrio de la Gramática, hasta Eugenio D'Ors que en estudio reciente asegura que «para aprender las lenguas no se ha inventado nada mejor que las gramáticas», no hay escritor sobresaliente que no se haya formado estudiando las reglas del bien hablar y del bien decir. La razón es lógica, creyéndome, por lo tanto, relevado de glosarla.

Si el hablar, el escribir bien, constituye un arte, y artista es quien alcanza, tras no interrumpido estudio y continuado esfuerzo, emitir con nitidez, precisión y elegancia, su pensamiento, claro está que en ello interviene, además de lo dicho, el buen gusto, cualidad indispensable a todo cultor de un arte bello. Ciertamente que también entra por algo el innatismo en asuntos de lenguaje, mas no es menos evidente que el gusto literario se adelgaza y afina leyendo clásicos antiguos y modernos, y huyendo de deslavazadas traducciones que lo embotan. Fuerza es declarar, y fué la experiencia mi maestra, que en refinamientos de lenguaje, pierden lastimosamente el tiempo cuantos con suaves admoniciones adoctrinan a los que barbarizan.

Hubo un grupo ayer numerosísimo, hoy por fortuna ya reducido, que en privadas y aun en públicas conversaciones simulaba desdén altivo, que estaba muy lejos de sentir, contra la Real Academia y sus reglas y preceptos. Los pocos que de aquel grupo aun quedan, se afanan en el plácido silencio de su gabinete de trabajo, por pulir y cincelar la forma de sus pensamientos, asemejándose con ello a esos volterianos de casino o salón que después de haber negado la existencia del Ser Supremo, penetran, como Espronceda, recatándose en las sombras, en el primer templo que en su camino encuentran, para pedirle a Dios perdón por las ofensas que si bien brotaron de los labios, no tenían, por fortuna, raíces en el corazón.

No, los artistas de la palabra, y lo son novelistas y poetas, oradores y dramaturgos, en pos corren afanosos de la belleza, y trasudan si son artistas de verdad, por ataviar conceptos y enjoyar pensamientos con las esplendideces, las galas y las hermosuras que como galán manirroto les brinda nuestro sin rival lenguaje.

Años atrás contemplamos unos pocos, no sin cierta tristeza, el empeño asaz menguado de crear una lengua especial que sólo hubiera servido, utilizando una frase vulgar, *para andar por casa*. Se empeñaban aquellos galiparlistas, pues galiparlistas eran, en taracear con frases extrañas el nacional pensar, trocando la moneda de noble aleación por la falsa importada de orillas del Sena. Francés era el capitanejo del movimiento; galófilos sus secuaces. Gracias al sentido común de los argentinos, marró el movimiento: el intento tuvo el no esperado privilegio de despertar en muchos el amor al idioma netamente nacional, que no es otro que el castellano: a la intentada reacción vocinglera de los mal aconsejados, se opuso la acción un tanto orgullosa, y un mucho estética, de defender el hermoso legado de nuestros antepasados contra los avances de la ola parisina.

¿Qué pretendía aquella escuela que murió, felizmente, al nacer? ¿Inventar un nuevo lenguaje? ¿Cortar un arlequinesco traje idiomático en que entrasen retales de distintas telas y diversos colores y procedencias? ¿Renovar, mejorándolo, lo que ya poseíamos? A tales intentos, que tenían por base más fines mercantiles y de político dominio que lingüísticos, se les pueden aplicar las siguientes frases de Galindo y de Vera.

«Creyóse que innovar y mejorar eran cosas idénticas y no lo son. Para mejorar cuando se innova, háse menester mano diestra, pulso seguro, saber lo que se hace y porqué se hace: la autoridad, en fin, que dan el genio y la ciencia; que si aquél arrastra, ésta convence. Innovar por capricho, obedeciendo quizás al mal gusto—¡era nuestro caso!—de la muchedumbre o la propia ignorancia, es afean con remiendos postizos, que juzga decoro la

ignorancia del vulgo, el monumento lingüístico levantado por el lento trabajo de los siglos».

Veamos con algún detenimiento las causas que contribuyeron durante algunos años a arruinar el vehículo del propio pensamiento, trocándolo de elegante carroza en desvencijado carricoche.

Menoscaban la pureza del idioma: el uso de palabras debidamente anticuadas; la viciosa derivación de los vocablos y su defectuosa composición; el uso de neologismos en pugna los más contra las fundamentales leyes de la lingüística, y el arbitrario cambio de significación de voces nacidas al calor del hogar materno, de aquel hogar en que buscaron luces y colores desprendidos de añosos tueros castellanos, desde Alfonso el Sabio hasta el inmortal Bello, si gloria aquel del hispano suelo, gala y orgullo el otro del mundo colombino.

Viven las lenguas todas, y ya lo afirmó Horacio, en perpetua renovación, mas ésta debe verificarse, como acabo de apuntar, con parsimonioso tiento: nadie que de cuerdo se precie querrá que los idiomas se momifiquen, como nadie pretenderá que se hable hoy como hablaron aquellos excelsos maestros que se llamaron Yepes o Sigüenza. Ya Juan de Valdés nos lo advierte en su poco leído *«Diálogo de las lenguas»*: es conveniente que nuevos vocablos más eufémicos, más sonoros, vengan a reemplazar a los ásperos o picaños. El arcaísmo como el neologismo, son fenómenos orgánicos de toda lengua viva. El lenguaje vulgar es arcaico; el técnico, neólogo; el literario es menos arcaico y no tan neólogo, y es que el pueblo se encariña con la tradición, en tanto que la ciencia orienta sus esfuerzos hacia el progreso.

No quiero ocultar mi admiración, mi profunda admiración, por los modernos escritores que a gala tienen el emplear con pasmosa frecuencia palabras debidamente arcaizadas que tan rancio sabor comunican a sus escritos; como gozo experimento cuando alguien me dice *endiya* por *rendija*, *arismética* por *aritmética*. Confieso que no acerté nunca a que mi pluma me proporcionara tales goces, y eso que poseo varios vocabularios de arcaísmos, como jamás supe componer mis escritos de modo tal, que por la suma de palabras ya arrumbadas fuesen el asombro de los indoctos; antes puse particular empeño en hablar con meridiana claridad.

Por temperamento, pues, y por escuela, desvíome de los extremos: ni arcaico, ni neólogo. Asolear arcaísmos en malhora arrumbados en el sotabanco de nuestro idioma, hacer revivir cuanto de genial tenía el habla de nuestros antepasados, vivificar con nuevas adquisiciones nuestro copiosísimo léxico, en una palabra, rejuvenecer lo viejo, hermoso y noble y abrir a lo nuevo de par en par las puertas del Diccionario Oficial, empresa es que deben empeñarse cuantos entienden, que si es el lenguaje el más alto atributo de la humana estirpe, al pulirlo nos vamos acercando al olímpico templo helénico, al divinal alcázar de los católicos, donde tengo para mí que si resuena alguno de los idiomas modernos, ha de ser, sin átomo de duda, aquel en el que se escribiera la cincelada Oda. *«A la Ascensión del Señor»*.

Para poner en su punto ideas referentes a la viciosa derivación de vocablos, y a su torturada composición, fuerza será el detenernos breves minutos en definir lo que doctos y avisados entienden por uso.

Uso es las más de las veces sinónimo de costumbre; pero así como éstas pueden ser dignas de aplauso o merecedoras de censura, así el uso puede ser plausible o vituperable. Ya lo dijo Quintiliano, y, como se notará, an-

tigua es la muletilla, a la que como salvadora tabla se agarran los intonso: «el uso es supremo juez en asuntos de lenguaje». Afirmó aquel egregio varón que el uso, y llamo sobre ello vuestra atención, «es el consentimiento de los hombres doctos», de suerte que las voces no se legitiman porque muchos las empleen: necesitan de la aprobación de los buenos escritores.

Salvá, y el autor no puede ser rechazado, decía: «En todo hemos no obstante de someternos a la ley irresistible del uso, entendiendo por tal la autoridad de los escritores más distinguidos».

Otro tratadista cual nombre, no lo dudo, sonará gratamente a vuestros oídos, el americano Cuervo, escribió: «Necesario es distinguir entre el uso que hace ley y el abuso que debe extirparse».

«Hay dos usos, afirmaba el francés Charles Nodier; uno que crea y perfecciona las lenguas y otro que las corrompe y desnaturaliza».

Para saber cuando el uso es bueno o malo, hasta tener, como dice Icaza, el sentido del idioma y de lo ridículo.

Oíganse unas cuantas palabrejas, recomendando sean escuchadas con la seriedad que su armonía reclama.

Teníamos en castellano el sustantivo *homenaje*: rindiendo pleitesía a vocablo tan sonoro, a un cualquiera, porque descubrimientos tan estupendos quedan, por desgracia, envueltos al nacer en el tupido velo del misterio, se le ocurrió crear el verbo *homenajear*, cual conjugación, como verdadero trabalenguas, recomiendo como útil ejercicio a los tartamudos.

Los franceses, de *goudron* derivaron *goudronage*, y, naturalmente, un escritor novel siguiendo huella tan engañosa, creó de *petróleo*, *petrolaje*. Lamento, en verdad no conocer, para contribuir a su fama, el nombre del inventor de vocablo tan harmónico: de tratarlo con alguna intimidad, le hubiera propuesto el verbo *petrolajear* y ya puesto en la faena, lanzar a los cuatro vientos *almidonaje* y *aceitaje*, y, ¿por qué no?, *macaneaje*.

Persona que por el delicado cargo docente que desempeña está en el deber de hablar, sino con elegancia, al menos con pureza el idioma que, a juzgar por su apellido le legaron sus padres, me preguntaba un día en que se hablaba de un lance mal llamado de honor entre dos diputados «si ya se habían *duelado*», lo que vale decir, que del sustantivo *duelo* se atrevió a inventar, sin razón ni autoridad que lo amparen, el verbo *duelar*.

¡Qué más! Del bárbaro *trust* ha nacido ya *trustificación*, y de este peregrino invento al verbo *trustificar* hay la distancia de una hoja de papel puesta de canto. Según me han asegurado, sin que garantice la noticia, en la misma lengua inglesa, la palabra *trust* carece del significado que le han querido dar los norteamericanos.

Hay que desconfiar, pues, de la aparente facilidad que presenta la derivación y de la no menos engañosa composición; conviene fustigar la manía verbalizadora de ciertas gentes, de éstas que porque oyeron que de *trueno* se hizo *tronar* y de *golpe* *golpear*, y de *alambre*, *alambrar*, creen que de *mesa*, podemos derivar *mesar* y de *silla*, *sillar*. Cuéntese que fueron los anteriores párrafos llevados como de la mano por mi deseo de engendrar dudas y recelos en los cerebros de cuantos me escuchan; que si Fray Luis de León, entendía que no es para todos la tarea de hablar y escribir correctamente, con igual lógica, si bien con escasa autoridad, afirmo que no es para todos el saber derivar con acierto, ni formar con elegancia vocablos compuestos. En tales materias sobrado tentadoras, la ignorancia

afirma cuando el entendido duda, y el dudar con ansias de perfección, principio fué siempre de lento pero encumbrado acierto.

¿Qué decir del neologismo? ¡Desde Juan de Valdés, ya citado, pasando por Suárez de Figueroa, hasta llegar a nuestros días, cuántos son los preceptistas, cuántos los literatos, que de los neologismos trataron! Son sin cuento: la sola enumeración de los nombres que he reunido os abrumaría. Pero ¿cabe condenarlo en absoluto? En manera alguna. Hay, como afirmé públicamente en otra ocasión, y valga la frase, neologismos *virtud* y neologismos *vicio*, lo que importa asegurar que si debemos censurar los unos, podemos sin escrúpulo apadrinar los otros. Hoy pensamos y sentimos de modo muy distinto de como pensaron y sintieron nuestros antepasados. Nadie que de sensato se precie pretenderá que se escriba hoy como escribieron nuestros afamados hablistas del siglo de oro, pues argüiría torpeza el vano empeño de detener la progresiva evolución de las lenguas. Los Argensolas, Cervantes, Quevedo, Góngora y cien más, inventaron no pocas palabras que en el solariego terruño afinaron para probar que, cuando el neologismo responde a una necesidad de la humana inteligencia, se incrusta en el idioma, echa en él raíces, y en no pocas ocasiones hasta se permite el lujo de la derivación.

Pues si tal hicieron nuestros progenitores ¿con qué derecho se opondría la castiza intransigencia, a que nosotros lo hiciéramos? Los nuevos descubrimientos, así en ciencias, como en artes, como en industria, reclaman nuevos vocablos y entonces hay que crearlos con elementos propios y afines, si el invento nació en nuestro hogar, o aceptarlo del extranjero *castellanizándolo* si vió la luz en extrañas tierras. Unas veces se compagina con raíces tomadas de lenguas muertas, de las llamadas sabias; otras se forma en la lengua nativa del inventor.

La formación de nuevos vocablos acontece, según el eminente filólogo Diez de dos maneras: 1.<sup>a</sup> añadiendo a una palabra despojada de su flexión, alguna o algunas letras que modifican su significación: 2.<sup>a</sup> reuniendo varias palabras para expresar con ellas una sola idea. El primer procedimiento se llama derivación: el segundo, composición. A cualquiera de estos dos sistemas recurre, dentro de los elementos que le suministra el materno lenguaje, el inventor de un producto, de un artefacto, de un preparado nuevo. Sólo hay una cortapisa, que ya apuntó Valera hace muchos años, y es que para inventar una nueva palabra, hay que tener primero buen gusto, y luego apoyarse en razones etimológicas, en las leyes de la eufonía, y en la necesidad de producirlas.

M. Auguste Brachet en su substanciosa *Grammaire Historique de la langue française*, distingue, como era lógico, los buenos neologismos de los malos; abominando de quienes creen que es tarea fácil inventar nuevos vocablos, sirviendo todo lo dicho para que no confundamos la neología, que como afirma Monlau es el arte de formar analógicamente las palabras indispensables para significar ideas nuevas o mal expresadas con el neologismo—neologomanía lo llamaría yo —manía caprichosa de trastornar el vocabulario de una lengua sin necesidad, sin gusto y por ignorancia.

Diría aun más, hoy que aquí y allá los galiparlistas forman legión y sin autoridad levantan tablado en cualquiera esquina, y es que no hay que confundir el neologismo con el barbarismo. A muchos, sin que nos lo exijan, podemos conceder el título de bárbaros; a pocos, el de neólogos. Aquellos andan como ciegos, sin gomecillos, por los frondosos vergeles del idio-

ma; éstos se ven guiados, aun en las más tupidas espesuras, por la luz de la razón que se alumbró en la lámpara eternamente encendida por Dios en los santuarios de la ciencia.

Ya que trazó la pluma la palabra *barbarismo*, detenerme quiero un momento en su clasificación.

Hay el barbarismo lexicológico, el de significado y el sintáxico

El lexicológico consiste en admitir sin previo examen palabras de otros idiomas, cuando para expresar las ideas que representan las tenemos en castellano. Poco tiempo hará—y vaya de cuento—que una señorita de elevada categoría social y no digo niña, porque sin temerle al dictado de indiscreto puedo declarar que pasa de los veinte años, aseguraba que no diría nunca *manquito* porque *manchón* suena mejor. Hágasele comprender a tan simpática damita que lo que suena bien es hablar bien el idioma nativo, y será perder lastimosamente el tiempo.

¿Cuánto dejarán las damas y damiselas de aporrear nuestros oídos con *aigrette* en vez de *airón*, vestido *tailleur*, por *sastre*, *tricotte*, por *camiseta* etcétera etcétera?

No se vaya a creer que allá en la madre patria, en el mismo Madrid, estómago y cerebro a la par de España, las cosas andan mejor que por aquí. ¡Qué! Allí en tales asuntos se disparata tanto como aquí, y aquí como allí el anuncio en los diarios, y el callejero, se encargan de advertir a los entendidos, que así como en pasados siglos padecimos y sufrimos ambas cosas diferentes—la irrupción de los bárbaros del Norte, hoy sufrimos y padecemos sin protesta, tan embotada está nuestra sensibilidad, antes bien con cierto regodeo, la bárbara invasión de vocablos extranjeros, principalmente de la antigua Galia, siendo de lamentar que mientras el bello sexo da a sus trajes, y adornos, y tocados, nombres franceses, para sentar plaza de elegantes, el sexo masculino, para sentar plaza de leído, viste sus pensamientos con vocablos nacidos a orillas del Sena.

Respecto al cambio de significado de muchas voces ¡cuánto se podría hablar! Fácil sería perorar toda la noche sin agotar el tema.

Unos cuantos ejemplos bastarán para que se aprecie el cuidado que debe presidir la exteriorización de nuestros pensamientos.

*Carátula*, por *cubierta*, porque *carátula* en buen castellano no significa más que máscara. Verdad que en no pocas obras, para desdicha de sus autores, la cubierta no es más que una *carátula*. Oígame con que propiedad empleó la palabra Bretón de los Herreros: habla con una máscara y le dice: «Desata si no esa *carátula*, envidiosa de mi dicha y verás como lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño».

*Considerable* por *grande* es otro cambio inaceptable de significado: *considerable*, en buen romance, sólo significa digno de consideración.

*Culpable* por *culpado* es otro dislate que se lee con harta frecuencia; se puede ser *culpado* sin razón ni motivo, lo que importa decir, sin que se sea *culpable*.

*Antipasto*, no, será *antepasto*, palabra ésta que no figura en el Diccionario Académico. Fué usada, sin embargo según mis apuntes por Torres Naharro en su *Proemio a la Propaladía*: allí dice:

«La orden del libro, pues que ha de ser pasto spiritual, me pareció que se debía ordenar á la usanza de los corporales pastos: conviene a saber, ándonos por *antepasto* algunas cosillas breves, como son los Capítulos, Epístolas, etc.; y por principal cibo las cosas de mayor subjecto como son

las Comedias; y por *pospaso* así mismo algunas otras cosillas como veréis, etcétera».

La palabra *pospaso* tampoco se lee en el Diccionario. La omisión de la primera le notamos más los habitantes de la Argentina que los de España, por emplearse, mucho aquí la voz italiana *antipasto*. Recordando la diferencia que va de *ante* a *anti*, se advertirá el error que cometemos al emplear dicho vocablo en la forma expuesta.

*Deceso* se dice y escribe con frecuencia en vez de *defunción*, *fallecimiento*, y si bien la palabra hállase registrada en el Léxico oficial, basta abrirlo para ver que ostenta la nota de anticuada. Creo sin embargo, que no se emplea por estas tierras como arcaísmo, sino pura y sencillamente para españolizar el francés *décès*. Y Dios me perdone, y con él los galiparlistas, si la suposición es atrevida.

Decimos por aquí, por ejemplo: «*entre no más*», «*pase no más*», y a este propósito se cuenta el chascarrillo del recién llegado, que al ir a visitar a un antiguo amigo como le dijera la primera de las citadas frases, se amostazó y con cierto reconcomio dijo: «¡*No más!* ¡*No más!* ¡Eh! Si creerá que vengo a pedirle algo», y se alejó sin ver a su amigo, porque en el castellano corriente el «*no más*» equivale a *nada más*. De suerte que al decirle a uno *entre no más* damos a entender que sólo permitimos la entrada y *nada más*. En Chile, que yo sepa, y en la Argentina ha tomado la frase una forma expletiva semejante al *fautes seulement* de los franceses, esto es, *entre, pase* que es lo primero y luego ya veremos.

¿Puede apadrinarse en este sentido, tal modo adverbial? Entiendo que no.

Hoy que por desgracia los rebaños de hombres apellidados ejércitos, van y vienen, no digo por el teatro de la guerra sino por los dantescos campos de la muerte, se lee con frecuencia que fuertes *contingentes* pasaron de un punto a otro, ignorando estos críticos militares o simplemente corresponsales periodísticos, que en español *contingente*, es un adjetivo que significa cosa eventual, incierta; así pudo decir el mejicano Alarcón:

«Si fué *contingente* el veros,  
fuerza fué, Blanca, el amaros,  
sin remedio el olvidaros,  
imposible el mereceros».

*Cuestión por tema, asunto; humanidad por linaje humano; pasión por violento amor, odio*, lo que sea; *trepidar*, por *titubear, vacilar* etc., etc., cambios de significado son que cualquier persona semi instruída debe rechazar.

Otros cambios hay que por venir de muy lejanos tiempos, y haberse incrustado ya en el idioma, no podemos repudiar. Ejemplos al canto, pocos, para no abusar.

*Importuno* significó en lo antiguo, hombre prolijo y en este sentido lo empleó Diego de Mendoza al escribir:

«Que yo callo, aunque importuno,  
huyendo de dar excusa,  
porque quien la da se acusa,  
si no se la pide alguno».

¿Qué por qué tal cambio? Porque *sic voluit usus*, este señor que ha querido que la voz *nimiedad* que originariamente vale *exceso, demasia*, signifique luego, *poquedad, pequeñez*.

Estos cambios semánticos, nótanse en todos los idiomas, probando cuanto puede en determinados casos la tiranía del uso, que del vulgo se va encaramando a las más encumbradas esferas intelectuales.

Conviene, y la atención más escrupulosa resulta a veces menguada, cuidar con particular esmero de la Sintaxis, alma de una lengua, fisonomía particular e inconfundible de cada idioma, cerrando con fuertes alabas el portalón de nuestro palacio lingüístico y aun levantar ante él granítica cortina para que no pueda penetrar en su recinto más que lo que traiga bien limpios y saneados pasaportes. Hay que arremeter briosamente con lanza y cimitarra contra quienes dicen: *¿Quiere Ud. que vamos?* por *¿Quiere Ud. que vayamos?*; *se alquila escritorios*, por *se alquilan escritorios*; *présteme la cortaplumas*, por *présteme el cortaplumas*; *hacen diez años*, por *hace diez años*, atentados éstos a la pureza del habla, tanto o más censurables que el empleo de voces extranjeras indebidamente introducidas en nuestro idioma.

Contra tales atropellos se irguió valerosamente un distinguido catedrático de esta Universidad, no académico de la lengua, el Dr. Alejandro Korn, al escribir hace pocos años: «El distinguido estudiante de medicina que al terminar la carrera se vé en figurillas para redactar su tesis, y desconoce hasta las reglas de la Sintaxis, si es que recuerda las de Ortografía, a pesar de su título de doctor, no será más que un simple albéitar»; como no será más que un leguleyo, agregó por mi cuenta, y ampliando la idea, el abogado que no ha logrado, al obtener su título, el dominio de su idioma, ya que conforme apunta el eminente Bello, de su ignorancia puede depender la fortuna, la honra, quizás la vida de su cliente.

Hostigado por la justicia, confesar debo a plena voz, sin que la enturbien tiquismiquis puristas, que en todos estos asuntos hemos progresado mucho, adelantos que en gran parte se deben a los dos diarios de mayor circulación en el país: *La Nación* y *La Prensa*, ya que en ambas hojas periodísticas es visible el deseo de expurgar de barbarismos el lenguaje. Gran bien reporta a la juventud, la sección que con frecuencia publica *La Prensa* con el título de *Notas gramaticales y filológicas*. Merced a tan encomiable empeño y a este afán de pulir el popular lenguaje, ya hoy no se lee ni *salvataje*, ni *esclavatura*, ni *senaturía*, ni *golpes de puño*, ni otros dislates tan burdos como éstos.

A este plausible afán de perfeccionamiento por la pureza del habla argentina, debería agregarse otro elemento, el pedagógico, más necesario en este ambiente que en otros, en los que no se infiltran en tanta cantidad espurios elementos. No se adoctrina tanto con reglas frías, escuetas, sin alma, como con la palabra exacta, correcta, castiza, en la que hay luz, animación, colorido, vida. ¡Ah! en esto sería disculpable la tiránica intransigencia gubernamental: que no pudiese levantar cátedra de idioma quien no manejara con relativo dominio la lengua nacional, siquiera para no ser menos que los romanos que no admitían esclavos que estar debían en contacto con sus hijos, que no supiesen expresarse con corrección en el complicado idioma del Lacio. Mientras en la propia escuela primaria suenan en labios docentes el *vos*, el *vení*, el *paráte*, por pónete de pie, el *deber*, por *ejercicio*, la *lapicera* por *portaplumas*, la *caligrafía*, por *escritura*, la *clasificación*

por *calificación* y tanto y tanto aporreo al idioma, que pregonando van, si no se quiere molesta ignorancia, censurable indiferencia, seguiré creyendo que en el pulimento del habla argentina más ha contribuido la prensa que la escuela, creencia la mía que de no ser errónea probaría el desgano con que la Superioridad mira los asuntos del lenguaje. ¡Irritante desvío señores, siendo como es el idioma el reflejo del alma popular! Criminal desatención, porque si los atentados contra la moral perpetrados en la vía pública se castigan duramente ¿por qué no castigar con mano fuerte los atentados contra el lenguaje? ¿Por qué permitirle al bárbaro que enseñe lo que ignora pervirtiendo el alma y el cerebro de las inteligencias que se le confían? ¿Por qué tolerar que en la calle, en los tranvías, en los sitios públicos, en las mismas oficinas nacionales se lean letreros y avisos en franca rebeldía contra las más elementales leyes del lenguaje nacional?

Urge, en honra al propio decoro, que una Corporación activa y trabajadora, más amiga de la silenciosa labor que de la exhibición o de la política, se preocupe en remediar tamaños males, y con la autoridad que le preste el saber de los que la compongan, influya para que sea una verdad en la cátedra, en el libro, en la calle, la enseñanza correctísima del heredado lenguaje, expurgándolo de los barbarismos que de allí nos llegaron y de los que arrojando fueron a las nacionales playas el *cocoliche*, el *bufardo*, la *guaranquería* de no pocos jóvenes bien... mal educados. Sí, conviene decirlo a voz en cuello para que a las alturas llegue: el lenguaje tabernario, rufianesco, corrompido, señal evidente es de una sociedad corrompida. Cuando el lenguaje de los suburbios, de la hez humana, de las cárceles y de los presidios, cuando esta jerga inventada para desorientar la honradez y la virtud, atropellando a la par el mutuo respeto, se oye en los labios de quien, por su nacimiento está en el deber de hablar cual hablan los que viven de acuerdo con las leyes políticas y sociales de la nación; cuando tal hecho acontece y en el hogar se tolera y fuera de él se disculpa, hay que apesadumbrarse, porque ello es prueba de que de nosotros pugna por alejarse el sentido estético del idioma.

No se vaya a creer por lo que de decir acabo, que intento oponerme a la admisión de regionalismos. Militando en las filas del dialectalismo ¿cómo censurar el que ciertos vocablos harto expresivos del habla argentina, aspiren a ser incorporados al léxico común de la castellana lengua? Ya que en el Diccionario oficial figuran provincialismos de diversas regiones españolas, la justicia aconseja hallar en él un lugarcito para los argentinismos expresivos y bien formados. No me opongo, pues, antes al contrario ensalzo y celebro el regionalismo lingüístico, siempre que subsista la necesaria ley de uniformidad sintáctica, de trabazón lexicológica, de respeto a preceptos semánticos; a nadie puede molestar que en unas comarcas españolas se diga *patata* y en otras *papa*, como a nadie puede sorprender que el castellano *cacahuete* sea *maní* en tierras americanas. Lo que a todos por igual interesa, es que se conserve el lenguaje castellano en la América española como verbo de la nación descubridora y pobladora, como palpitante símbolo de la unión espiritual de la madre con sus hijas, como el más encumbrado exponente del alma hispánica, que si al trasponer los mares se encarnó en Solís y en Magallanes, en Solís y Núñez de Balboa, en Ercilla y en Balbuena, al fundarse las nacionalidades sudamericanas vibró sonoro, pujante y brioso en los labios de Hidalgo y de Bolívar, de Sucre y San Martín, de Baralt y de Cuervo.

Ya que a todos nos agrada adecentar nuestro traje y suavizar ingé-  
nitas rudezas de carácter, a fin de avasallar simpatías y cautivar corazones,  
no olvidemos de vestir bien nuestros conceptos, ni de pulir, hasta bruñir  
si a tanto alcanzamos, la externa manifestación de nuestros pensamientos.  
Todo es orden, todo es concierto, todo es melodía, todo es ritmo así en el  
mundo físico como en el moral, y en el intelectual: que la palabra refleje  
en ajenos oídos la acompasada y harmónica vibración de nuestra alma.

Que no logren turbar nuestra serenidad inevitables pecadillos de len-  
guaje ya que ¿a quién según antigua frase, no se le puede coger en un mal  
latín? Y cuéntese que ella fué empleada por nuestros más puleros hablis-  
tas, adivinando, sin duda, que es tan rica el habla castel ana y admite tal  
variedad de giros y es vega tan poblada y mar tan fecunda, que por mucho  
que en ella se navegue, y por más que en aquella se cace, imposible es, de  
toda imposibilidad, que al mejor cazador no se le escape una liebre, y al  
pescador más experto un argentado pececillo. ¿Acaso no es una verdad  
palmaria que nuestros más pujantes prosadores, los Solís, los Cervantes,  
los Argensolas, infringieron más de una vez leyes que la meticulosa precep-  
tiva respeta siempre? Pero es que sobre aquella momentánea transgresión  
de reglas gramaticales y retóricas había la unidad idiomática a que antes  
me referí, el espíritu, el alma de la hispana nación que ofuscaba miradas  
con el brillo de su acero e iluminaba cerebros con su resplandeciente verbo.

Ni estatismo, ni frenético avance. Todo cambia y todo se transforma:  
la momificación del patrio lenguaje sería la anulación del humano progreso,  
y esta ley constante de movimiento, lo que vale decir, de vida, es la que ha  
presidido siempre la peregrinación de la humana grey, por sobre la corteza  
terrestre. Mal se avendría el quietismo con el anhelo perennemente sentido  
por el humano ser para alcanzar de etapa en etapa, el propio perfecciona-  
miento.

Los idiomas, así antiguos como modernos, no han podido substraerse  
a esta ley evolutiva, que si logra hacer germinar la minúscula semilla para  
convertirla en grácil planta o árbol corpulento, preside también el vertigi-  
noso rodar de las muchedumbres, y apaga soles y enciende nebulosas, y logra  
que de retazos hebraicos y griegos, autóctonos y helénicos, ibéricos y ára-  
bes, surja majestuoso, cual manto de soberana hermosura, el seductor len-  
guaje castellano.

Si las Academias todas dejaran de ser lo que por mal añejo son, centros  
políticos y sociales, para convertirse en verdaderas lonjas de estudiosos;  
si el público intonso dejase de intervenir con sus imposiciones en el noná-  
bramiento de los individuos de tales cónclaves, prefiriendo al silencioso  
sabio filólogo o lingüista, el brillante orador, el afortunado novelista, el  
fácil poeta, para lograr que a tales seminarios, sólo llegaran los que de las  
idiomáticas disciplinas hicieron su constante preocupación, otra sería la  
suerte de nuestra habla sin rival. No hay que desconfiar, sin embargo: si  
en la labor de depurar y enriquecer el heredado lenguaje, se afanan todos  
los escritores de buena voluntad así en España como en la América hispá-  
nica; si tal milagro acontece, no lo dudemos, se ensancharán los aledaños  
de nuestro común idioma, y se irán arrancando paulatinamente, pero de cuajo,  
los barbarismos que lo afean, los solecismos que lo deslustran, las turpitu-  
des que lo manchan.

Para esta labor común de depuración, hay que llamar a cuantos en  
estos países se preocupan de tales estudios, sean o no doctores, que no

son siempre los que ostentan tan ansiado título los más celosos defensores de la pureza del habla. Ni Bello, ni Baralt, ni Cuervo, ni Suárez ni tantos otros sobresalientes estilistas, doctores fueron, y sin embargo, hay en sus obras sapientísima enseñanza y devoción rayana en idolatría por el idioma en que balbucieron sus primeras palabras. Y al lado de varones tan insignes, ante quienes reverentemente me inclino en señal de respeto, colocar pudiera, si el contraste no fuese desalentador, el nombre de varios académicos con título y medalla, cuales escritos pregoneros son de lamentable pobreza lexicológica, de visible olvido de las innúmeras riquezas de nuestra habla, y, lo que es a veces desconcertante, de un visible empeño de purismo que trueca la frase en premiosa, el período en hacinamiento de vocablos a él arrastrados como con soga y el párrafo entero en anfibológico amalgama de brillantes de ayer con abalorios de hoy.

Porque, y es lo que trabajo les cuesta comprender a muchos de los que lanzan a la publicidad sus escritos, para dominar un arte cualquiera, y el hablar bien constituye un arte, necesarias son dos cosas: estudio y buen gusto. Si éste no se ha formado, si aquél no se pudo o no se quiso realizar, lo que al mercado intelectual entreguen habrá nacido débil, enfermizo, enteco, condenado por lo tanto a caer pronto en las simas del olvido.

Miremos el porvenir, sin olvidar lo pretérito. ¡Guay de aquel que durante su paso por el mundo no se detiene para otear el camino recorrido y no mira con complacencia el árbol a cuya sombra descansó, el arroyo que tuvo que cruzar, la selva en que momentáneamente se perdiera, el valle al cual descendió o la enhiesta cumbre a la que, no sin esfuerzo, tuvo que subir. Sí, caminemos en procura de más dilatados campos, de más amplios horizontes, pero no olvidemos al hacerlo, que hijos somos de aquellos para quienes el idioma de Castilla no tenía secretos, y al valle descendieron, y a la cumbre treparon cantando estrofas de nuestro heroico Romancero, remedando las estupendas hazañas de Amadis y Esplandianes o sublimando, al realizarlas de verdad, para hacerlas dignas de eternal renombre, las locuras de Don Quijote.

Crimen es dilapidar el heredado pegujar, como crimen bastardear el lenguaje de nuestros antepasados. A los jóvenes estudiosos les incumbe la simpática tarea de volver por los fueros del castellano, estudiándolo con ahinco, leyendo lo bueno con placer, gustando de lo hermoso con sibarítico amor. Hay que martillar un día y otro día, con varonil constancia en el yunque en que templaron su estilo los próceres de nuestra literatura. Oro tenemos al alcance de la mano: troquémonos todos en batihojas a fin de que nuestras páginas sean, y valga la metáfora, verdaderos panes de áureo metal. No nos cansemos en corregir y castigar nuestro estilo, y si templada la fragua al calor del más brillante clasicismo, no sale acerado a la primera hornada, hagamos lo que aquellos célebres espaderos de Toledo, volvamos la hoja al fuego, que es preferible templar de nuevo el acero, antes que ver que nos lo deprecian por quebradizo o mal forjado.

Ayer por la fuerza de las armas ¡y con qué orgullo lo afirmaba! pudo el hispano César decir que el sol no se ponía jamás en sus dominios. Bendigamos el haber nacido ahora, en que merced al amoroso vínculo de la sangre revelado en un idéntico idioma, podemos afirmar todos que el sol jamás deja de alumbrar países en que suena el habla castellana, que tiene no sólo los encantos que le presta su solariego hogar, sino las esplendideces de las americanas selvas, la gallardía de sus gigantes montes, la amplitud de sus

flumíneas corrientes, la infinitud de sus dilatadísimas costas, y el suave perfume de sus policromados jardines.

Para retemplar nuestra fe y avivar nuestro amor, troquemos en mística oración el siguiente escultural soneto del poeta cubano Bonifacio Byrne:

«Hallo más dulce el habla castellana  
que la quietud de la nativa aldea,  
más deliciosa que la miel hiblea,  
más flexible que espada toledana.  
Quiérela el corazón como una hermana  
desde que en el hogar se balbucea,  
porque está vinculada con la idea  
como la luz del sol con la mañana.  
De la música tiene la armonía,  
de la irascible tempestad el grito,  
del mar el eco, y el fulgor del día,  
la hermosa consistencia del granito,  
de los astros la sacra poesía  
y la vasta amplitud del infinito».

Hora es ya de terminar.

Recordemos todos que, como dice Federico Mauthner, el lenguaje es algo efectivo, un arma, una fuerza. Siendo cierta la afirmación, esforcémosnos todos en esgrimir esta arma con destreza y elegancia; teniendo muy en cuenta lo dicho por el poeta antillano, esto es, que ese instrumento en nuestras manos puede ser trova cariñosa o agudo estilete florentino, saliendo de nuestros labios ya como relámpagos anunciadores de brava tormenta, ya como embriagadoras dulcedumbres desbordantes de amor.

Y no olvidemos finalmente, que si el idioma español del siglo de oro se fué desparramando por los ámbitos del mundo porque tuvo por tornavoz el eco de sus gloriosos montes y por vehículos las frágiles carabelas de intrépidos navegantes, el hispano idioma del siglo XX ha de tener dos altísimas tribunas, la cordillera pirenaica y la andina, y por vehículo ese continuo tejer de buques que, como enormes lanzaderas, van labrando la tela ideal que cual manto sutil cobija bajo sus pliegues así el alma española como las de sus hijas, las repúblicas sudamericanas. He terminado

Día 28 de Agosto de 1917 años.





488861

Monner Sans, Ricardo  
El Castellano en la Argentina.

LaS.Gr  
M7486c

NAME OF BORROWER

**University of Toronto  
Library**

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

